

Las imprescindibles locuras del Quijote

por Emilio BARRETO

EL HISPANOHABLANTE QUE ASPIRE A SER culto no puede dejar de leer *el Quijote*, de Cervantes. Yo crecí oyendo esa afirmación y me asomé a la juventud en tiempos del *boom* literario de América Latina escuchando la misma sentencia. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* es la puerta más ancha que todo buen lector de España y de aquende los mares debe abrir si pretende acceder al maravilloso universo de la buena literatura. De idéntico modo, tampoco se concibe que un angloparlante erudito no haya degustado el teatro y la poesía de William Shakespeare, o que un intelectual italiano no haya dedicado algún tiempo a saborear las páginas de la *Divina Comedia*, de Dante Alighieri.

Sin embargo, tal vez no constituya la novela de Cervantes un libro de obligada lectura lineal sino que, por ser una obra de eterna referencia, su mayor demanda es la recurrencia del lector. Con esa óptica, -coherente con la vocación intelectual-, la gran novela puede ser revisada episódicamente: dinámica ideal para prolongados intervalos reflexivos si convergemos en una gran verdad: *el Quijote* es un libro magisterial, de formación para la vida. Es tan fuerte la personalidad de Alonso Quijano, es tan catequética la urdimbre de esta narración que cualquier capítulo, tomado al azar, daría para un libro de alto vuelo ensayístico. Se han publicado nobles páginas sobre el Manco de Lepanto y su Caballero de la Triste Figura, pero luego de esas lecturas siempre se puede afirmar que *el Quijote* es eso y algo más (probablemente *el Quijote* siempre será algo más). Hay mucho lirismo en la imaginería de Cervantes que ni siquiera el séptimo arte ha conseguido fabricar una musa con mayores atributos que Dulcinea del Toboso ni galán más arrestado y emprendedor que Alonso Quijano.

Palabra Nueva pone a disposición de los lectores un discurso novedoso y poco conocido sobre la obra cumbre de la literatura española. *Irradiaciones cristianas de la lumbrera del ingenio cervantino en el Quijote*, un texto de la cosecha del Cardenal Manuel Arteaga y Betancourt, pronunciado el 23 de abril de 1948 con motivo del ingreso del purpurado cubano en la Real Academia Cubana de la Lengua, y que sirvió, además, para las honras fúnebres celebradas en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes al conmemorarse el cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes.

Como admirables han pasado a la historia de la Real Academia Cubana de la Lengua las consideraciones del Cardenal Arteaga: hermenéutica que nos maravilla ante el caudaloso torrente de catolicismo que recorre la prosa cervantina. Alcanzan tal altura las apreciaciones del doctor Manuel Arteaga, ya entonces Cardenal Arzobispo de La Habana, que José María Chacón y Calvo se regodeó al escribir: "Estábamos en el año del IV Centenario del nacimiento del Príncipe de los Ingenios Españoles. Y por primera vez en los anales del cervantismo un Príncipe de la Iglesia hacía el elogio desde la Cátedra del Espíritu Santo de Miguel de Cervantes Saavedra."

El Cardenal Arteaga fue un hombre de vasta cultura: miembro fundador de la Academia Católica de Ciencias Sociales, institución que consiguió nuclear a patriotas e intelectuales de sólida reciedumbre como Mariano Aramburu y Machado y Manuel Dorta Duque, por recordar solo a dos. Con los años el Cardenal Arteaga llegó a ser distinguido como Miembro de Honor de la Academia Católica de Ciencias Sociales.

En este breve discurso, calificado también de oración por el Príncipe de los Ingenios Españoles, el Cardenal Arteaga subraya su adhesión a los postulados cervantinos. Cervantes no conoció la riqueza material; en todo caso en su azaroso peregrinar por este mundo se topó de frente con las leyes, la cárcel, la enfermedad y los horrores de la guerra para, al final, morir muy pobre y casi abandonado. Un único y sólido punto de apoyatura animó la existencia de Cervantes: la vida en Cristo, proyecto que lo condujo a asumir la gallardía que aflora en los diálogos entre el Quijote y Sancho. Por tal razón, en el cuarto centenario de la muerte del escritor, el Cardenal Arteaga prefirió, atinadamente, despegarse del discurso fúnebre para develar las virtudes del gran español. Así debemos hacer todos cada vez que tengamos la posibilidad de aproximarnos a los grandes hombres: recordarlos siempre en sus momentos felices y no precisamente en sus desgracias. Esa mirada misericordiosa es la que posibilita la brillantez de las buenas obras humanas.

Con este Segmento *Palabra Nueva* saluda la celebración del Congreso Mundial de la Lengua Española, señalado para el próximo octubre en Valladolid, España, y le rinde homenaje a nuestro idioma y a su obra cumbre. □

s e g m e n t o